

Los dos años de Suárez

HAN sido dos años imprevisibles, vertiginosos, de endiablada intensidad. Para aguantar el timón y no perder la brújula se requerían nervios muy templados, innato sentido de orientación, visión de futuro y, por supuesto, una vocación y una fe insobornables. La elección de Adolfo Suárez causó general asombro, aunque muy pronto habría de revelar unas dotes políticas, prácticamente ignoradas hasta entonces del gran público. De paso, quedaría demostrada también la singular perspicacia del Rey. En parecidas circunstancias diría Gracián que «robustas primicias amagan gigantescas».

El país, recordemos, vivía entre el miedo y la esperanza. Un miedo atávico a todo lo incógnito y a la posible vuelta de imborrables tragedias; y una esperanza, nunca abandonada, en una auténtica reconciliación que posibilita la vida colectiva en paz y libertad. Misión urgente en aquella hora era despejar el camino señalado hacia la ambicionada meta de normalización democrática. Pero el tren de reformas que imponían estos objetivos no podía llevarse al ritmo suave y acompasado que, en razón de la crítica coyuntura económica, hubiera sido deseable. Contra quienes opinaban en favor de aplazamientos, había que darse prisa y anticipar la acción de gobierno ante el doble peligro de ruptura e involución que le cernía desde uno y otro extremo del espectro político.

Ese ritmo dinámico y sorprendente impuesto por el presidente Suárez y que pudo antojarse temerario, resultó, a la postre, uno de sus aciertos. Acaso, también, un aspecto decisivo de su conducta haya sido el estilo adoptado; sereno, austero y abierto, parecido al del Rey, coincidentes, entre otras cosas, por razón generacional. Esa pertenencia a la «España joven» explica, tal vez, buena parte del secreto del éxito de una admirable transición política que escapa al puro análisis intelectual. Pues, es sabido que, en un período de grandes mutaciones, el valor de una política suele medirse por su poder de arrastre cerca de la juventud. Y qué duda cabe que, en un país donde las dos terceras partes de la población tiene menos de cuarenta años, influye la natural identificación que puede establecerse entre gobernantes y gobernados de una misma generación.

Partiendo, pues, de ese conocimiento de la realidad ambiente que proporciona una edad tan próxima a la mayoría de la población activa y también un origen típico del español medio, Adolfo Suárez pudo intuir las vías de concordia por las que podría devolverse la soberanía al pueblo, primer objetivo propuesto por el monarca. El pluralismo que afloró sobre la piel de España urgía un reconocimiento y una legislación adecuada que lo canalizara si es que se trataba de evitar enfrentamientos. Y esto no era posible, de forma pacífica, sin la puesta en práctica de una política de compromisos, en cuyo ejercicio el presidente Suárez, más que habilidad, ha demostrado un virtuosismo que le ha ganado la estima popular.

Verdad es que no han faltado muy duras críticas, razonadas o no, a una labor que, forzosamente improvisada y precipitada, atendiendo sobre todo a lo que pareció más apremiante y esencial, dejó descuidados asuntos que no todo el mundo consideraba igualmente secundarios. Pero, buen encajador, Suárez no se ha dejado llevar a las cuerdas y su propia moral ha conseguido infundir en los demás ese mínimo de confianza que, en un principio, se le había regateado. Ahora, en cuanto quede aprobada la Constitución, texto fundamental sobre el que debe fundarse la futura acción del Estado, Adolfo Suárez, tras ese breve y apasionante mandato, habrá entrado definitivamente en la historia. De la real cohesión que muestran las fuerzas políticas que le respaldan dependerá que esos agitados y emotivos veinticuatro meses sean, en realidad, sólo el prólogo de una más larga y profunda etapa de gobierno.

Confianza en la juventud

AQUELLO que hasta hace poco era considerado por muchos como una aspiración subversiva y demagógica, es ya una realidad democrática, seria y unánime. La Constitución ha significado el estallido de la juventud. Por 309 votos a favor, ninguno en contra y una sola abstención —es decir, una única duda— el Congreso ha aceptado la mayoría de edad a los 18 años.

Hace ya mucho tiempo que la juventud empujaba y el cambio brusco de las formas de vida tenía que desembocar finalmente a este reconocimiento de la responsabilidad temprana. Siempre es inútil poner puertas al campo. El siste-

La moral genealógica

Tempestad en un vaso de agua

PARECE ser que la prensa más o menos por no ya ha empezado a perder clientes en los quioscos celibéricos. Al menos, eso es lo que decían unos vendedores del ramo, el otro día, en una encuesta televisiva. Es buena lógica, creo, hay que aceptar el dato. Porque tenía que ocurrir así. Tras la larga cuarentena impuesta por el rígido moralismo franquista el «boom» del erotismo se veía venir, y vino, en cuanto hubo un poco de manga ancha al respecto. La gente necesitaba ver y leer estas cosas. Y casi con urgencia: prácticamente, no podía aguantarse más. Pero la euforia no ha tardado en deshincharse. Una vez satisfecho el «voyeurismo» primario que afligía a gran parte de nuestra sociedad, las publicaciones verdes habían de reducirse a sus justos límites, tanto en número como en tiradas. Siempre habrá un público para tales papeles: la población adolescente, ante todo, y unos sectores de adultos privados de un desahogo sexual medianamente cómodo, que consumen sus fantasías frustradas con ayudas vicarias. Esto reduce el mercado de una manera automática, y a la larga, los «justos límites» a que me refiero quedarán aún más recortados. Y si no, al tiempo.

Conste, sin embargo, que hay tela cortada para rato. El «problema», tan enconado por la ética judeo-cristiana y por las convenciones burguesas, no se resolverá con excesiva rapidez. Desde luego, las llamadas «costumbres» —o «buenas costumbres»— se están relajando a la carrera, pero no tanto como tendemos a suponer. La idea de que los chicos de hoy fornican como unos energúmenos es errónea: la mayoría no se come una rosca, como suele decirse. La falta de estadísticas acerca del asunto no permite afirmaciones demasiado contundentes, pero por ahí van los tiros. Y, por otro lado, esa amena trampa que llaman «educación sexual» tampoco sirve de mucho. Por «educación sexual» entienden —maestros y padres— unas sencillas lecciones de anatomía y de fisiología, centradas en el hecho de la reproducción. Algo es algo, naturalmente. Sólo que, sabido eso, el silencio y el tabú vuelven a su sitio. Los muchachos y las muchachas se educan sexualmente hojeando publicaciones vitandas: se instruyen en el uso de su cuerpo como origen de delicias a través de láminas involuntariamente docentes. Digo «docentes»: ¿«decentes»? El proceso de la multiplicación de la especie, una vez expli-

cado, deja a los jóvenes sin saber lo que quieren saber.

Quizá la asignatura a crear sería la «educación del deseo». O mejor: «cómo aprovechar las posibilidades de la concupiscencia de la carne». Lamento tener que expresarme en términos clericales. «La concupiscencia de la carne es infinita», dijo, más o menos, santo Tomás de Aquino, o alguno de sus seguidores. La carne, en efecto, es insaciable, y sus demandas, apremiantes. ¿Pecado? Es un punto de vista. Según la tradición que nos acogota, el mismísimo matrimonio, además de servir para engendrar criaturas, cumple una función supernumeraria de «remediar la concupiscencia». No se trata de «remediarla», sino «aprovecharla», insisto. Es otro punto de vista. Y desde los observatorios clínicos y las encuestas de los sexólogos se llega a la conclusión de que los cuerpos de la muchedumbre, tanto en sus combinaciones conyugales como en las otras, son un puro fracaso. Mi vieja reclamación de aclarar la «renta sexual per capita», con los indicios aseguibles, da resultados tristes. A falta de práctica, la mayoría se contenta con la transferencia visual o literaria. Me temo que no para «excitarse», sino para añorar lo que pudo haber sido y no fue.

De ahí el éxito de las múltiples «Emmanuelles». Y de los «Sebastianos». Y de todo el celuloide rancio —generalmente estúpido— que continúa encandilando a la ciudadanía. También eso pasará. Las cosas actuales para «ver» lo que ofrecen, amainarán. Pero subsistirá la ansiedad de aprender. Uno de los episodios más grotescos del momento es la avidez con que se leen los tratados amorosos hindúes: el Kamasutra, o como se titule el libro sagrado más difundido, por ejemplo. El manual en cuestión registra una serie de «posiciones» tan inverosímiles para las parejas corrientes, para las occidentales como mínimo, que uno acaba por echarse a reír. La intimidad del Mahatma Gandhi, o doña Indira, por lo que dicen sus biógrafos, fue más bien ascética. Hace falta un esqueleto y unos músculos terriblemente elásticos para copiar el ejercicio circense del Kamasutra. Eso no está al alcance de la burguesía, de los «cuadros» ni del proletariado occidental y notoriamente cristiano. Pero les fascina. Como les fascinan las perversiones del Divino Marqués. Las «Emmanuelles» son un subproducto de Sade. Los ensueños sexuales de un hortera o de un modesto universitario se identifican, a veces, o con frecuencia,

con la maniobra sádica. Y es que las alcobas son todo un mundo pavoroso. E inexplorado, a pesar de todo.

Michel Foucault ha subrayado la importancia que han tenido, para la formulación de una «sexualidad» emergente, de un lado, los confesores, y de otro, los médicos. Simultáneamente a la «represión» social obvia, la teología moral hurgaba en los secretos matrimoniales, y los doctores se dedicaban a vigilar la salud de la herencia y a enmendar los desastres venéreos, y los neuróticos. No ha de sorprendernos que un libro del padre Claret figure en los catálogos de la biografía pornográfica francesa, ni que todavía haya quien crea que Freud fue un genio «liberador». Entre san Claret y el doctor Freud hay muchos puntos de coincidencia, y ambos con los facultativos que se dedican a la profilaxis de la entrepierna, y los que postulan el empleo de la píldora. La coincidencia es un lío: pero es coincidencia, por descontado. El sexo, durante siglos «marginado» —con su área propia, en Boccaccio, en Chaucer, en el Arcipreste de Hita, en Jaime Roig, en una vasta literatura subalterna de burdel y de taberna—, surge con energía. Resurge: mediante los teólogos y los médicos. Nadie se ha de extrañar que, en consecuencia, después, los gritos callejeros inviten al «libertinaje».

No habrá tal «libertinaje». Todo será lo que es: una tempestad en un vaso de agua. Han caducado las monstruosas y aberrantes disposiciones de «veto»: nadie les hace caso, por lo menos. Pero nadie se inclina por el abuso. Sin llegar al abuso, al hipotético «libertinaje», un relativo encuadre de libertades comportará la asunción de la píldora, del aborto, del divorcio, de las «minorías eróticas». Los curas se opondrán. Será inútil que lo hagan. Ya han perdido la partida. Repito: nadie se decidirá a «abusar». La «revolución sexual», que no será tal «revolución», sino, a lo sumo, un «reformismo» tímido y perplejo, hará su vía. Rebajado el papelamiento erótico, decaído el cine «cochón», y cada cosa en su sitio, se habrá dado un paso adelante. No será suficiente. Nada, en este mundo y hacia la libertad, será suficiente. Pero menos da una piedra. De momento, la sangre no llega al río. Permanecemos dentro de la cautelosa moral genealógica. Herida de muerte, eso sí.

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

LOS IMPRESOS OFICIALES

Señor Director: Aprovecho la tribuna que ofrece a sus lectores el periódico de su digna dirección para expresar mi indignación, creo que justificada, ante las iniquidades que nos toca vivir cotidianamente en nuestro trato con los distintos órganos de la Administración. Hoy ha caído la gota que hace rebosar la, bien repleta, copa de la paciencia. Un empleado del despacho ha ido a la Delegación de Hacienda a recoger impresos para la declaración de los impuestos de renta y de sociedades, a fin de cumplimentar las declaraciones de varios clientes que nos han confiado sus intereses. Con gran sorpresa por mi parte, ha regresado con un solo juego de impresos del impuesto sobre la renta. El funcionario encargado de facilitar dichos impresos le ha comunicado, groseramente, que no había impresos para el impuesto de sociedades, y que tampoco sabía cuándo habrían, y en cuanto a los de renta sólo pueden dar un ejemplar por persona, puesto que escasean, y ante la lógica insistencia de mi empleado no ha tenido mejor ocurrencia que exclamar: «¡Díle a tu jefe que ponga una imprenta!». La cuestión es que la presentación de ambos impuestos debe hacerse en los impresos apropiados, existiendo un plazo preclusivo para la misma, expirado el cual se hallan sujetas a recargo las imposiciones.

Creo sinceramente, señor Director, que estas actitudes no se hallan en la línea de la amplia y costosa campaña emprendida por el Ministerio de Hacienda para cambiar la mentalidad de los españoles respecto de las cargas tributarias y erradicar el fraude fiscal de

nuestro país. Si los profesionales no obtenemos colaboración de nuestra Administración, ¿con qué fuerza moral vamos a convencer a nuestros clientes para que colaboren? ¿Debemos decir a nuestros clientes que vayan, de uno en uno, a buscar su correspondiente impuesto? Huelga decir que ese no es el camino adecuado para hacer, de una vez, de este país, un país europeo. José M. DE VARGAS LOZOYA Abogado

SOBRE UN ARTICULO DE MARIAS

Señor Director: El artículo publicado el día uno del corriente por Julián Marias con el título de «Los bullangueros y la intrahistoria» nos presenta con pristino realismo el drama de nuestra juventud condenada a vivir en un clima progresivo de degradación moral. Si los propagandistas del sexo toman a sus oyentes por «deficientes mentales» deberían ir con sumo cuidado en no rebasar la medida de sus alegatos, ya que es de inexorable ley que todo lo que exagera este renglón de las debilidades humanas despierta al mismo tiempo hondos y sanguinarios rencores hacia los que los emiten. Ello tiene una lógica explicación ya que la juventud es por naturaleza idealista y muchos saben por propia experiencia cuál es su enemigo número uno. Han visto a su alrededor demasiados «cadáveres ambulantes» para poder digerir ni uno solo de los mil cuentos de la sexofilia que pretende desviar su imaginación hacia paraísos del todo punto inexistentes. Lo único que ven con sus propios ojos a su alrededor y también si miran dentro de sí mismos es la degradación física y moral que ello comporta.

Quizá sea para nuestra general salvación la «Intrahistoria» que lleva implícito el insoslayable imperativo de ganarse el pan nuestro de cada día y es capaz de terminar incluso con todos los «bullangueros» habidos y por haber en este mundo vario y complejo que nos ha tocado vivir.

Manuel M. JUNCOSAS

LA JEFATURA PROVINCIAL DE F.E. Y DE LAS J.O.N.S.

Señor Director: En la sección «Cartas de los lectores» insertada en el diario de su digna dirección de esta fecha, 2 de julio de 1978, bajo el título de «Polémica falangista» aparece una carta firmada por don José A. Mateo Duarte, cuyo contenido quisiera replicar públicamente mediante la presente. En primer lugar creo que algo está muy claro y es que conforme a los Estatutos vigentes de F.E. y de las JONS el jefe provincial de Falange en Barcelona es don José M. Enbuenas Farriols. También está claro que la primera obligación de todo falangista es la disciplina y acatamiento de las órdenes. Nuestros Estatutos contemplan la forma en que los jefes provinciales serán elegidos o nombrados por la Junta Nacional representada por el jefe nacional. Los falangistas precisamente no tenemos ningún interés en que se nos trate de demócratas y los procedimientos asociacionistas consistentes en que los militantes elijan a los que ellos consideran sus jefes, en cada provincia, como parece insinuar el señor Mateo, no tiene sentido alguno.

Por tanto, y lo digo en razón del cargo de subinspector provincial que ostento, creo que el señor Enbuenas, nuestro jefe provincial, no tiene por qué aceptar el reto, ya que la visión de Falange, en primer lugar no debe ser provincial, sino nacional y por tanto el cargo para el cual ha sido designado como es nuestro estilo no puede ni someterse a elección ni abandonarlo, sino que tiene que cumplirlo, puesto que para nosotros todo cargo es un servicio irrenunciable.

Tampoco entraré a un análisis exhaustivo de las elecciones que se hicieron el 27 de febrero de 1977 y en las que les cuento entre los nombrados, pero baste asegurar que su validez, tanto por el escaso número de camaradas que participaron, como por el procedimiento improvisado bien poca validez pueden tener.

Si en su día nuestro jefe nacional ha considerado oportuno dimitir a la junta que saliera de estas elecciones, sin duda ha tenido motivos más que suficientes y tanto por los valores e históricos que en su persona concurren, como por tratarse del fundador de la actual Asociación y por simple acatamiento a la legalidad de nuestros Estatutos, la única solución que tiene cualquiera que desee formar parte de F.E. y de las J.O.N.S. es acatar la disciplina y cumplir con su deber, que éste es nuestro estilo.

Sirvan ya sólo estos comentarios para hacer una llamada sincera a la unidad y una advertencia de que sólo son falangistas los que se ofrecen al sacrificio y renuncian a protagonismos y honores personales.

Juan RIPOLL NAVES (Subinspector provincial de F.E. y de las J.O.N.S.)

ma patriarcal está en crisis. La misma sociedad ha aceptado un protagonismo juvenil cada vez más activo y un joven de hoy llega a la madurez antes que en otros tiempos.

Una educación más abierta, una aceptada y hasta buscada presencia, una inevitable participación dialogante, una información más amplia y, sobre todo, unos conocimientos más extensos y generalizados, han convertido al joven en una realidad social que no sólo no se puede ignorar, sino que se ha de integrar en la sociedad con todos los derechos.

Cuando las instituciones basadas en la jerarquización y el escalafón —nos guste o no nos guste— están liquidándose y la nuestra ya no es una sociedad gerontocrática y con tentencia a la fosilización, era imposible mantener viejas y agotadas ficciones. Un joven de 18

años —edad considerada apta para ser rey o para morir en la guerra o para tener responsabilidad penal— no puede ser ya un aprendiz de ciudadano, sino un ciudadano total. La propia organización actual de la sociedad le ha dado la fuerza para serlo.

Era urgente evitar la marginación juvenil o la falsificación de su realidad, inventando una nueva clase. Aquí podía estar el origen de muchas actitudes. Ser joven es un estado transitorio, pero es también haber alcanzado una ilusionada dimensión humana que no se puede desperdiciar con rígidos formalismos. Corriamos el peligro de apartar, de aislar al joven. Por ello consideramos sabia y prudente la decisión del Congreso de los Diputados. A partir de ahora —si lo aprueba también el Senado, claro— el joven no será un ser aparte, sino un hombre de 18 años, igual —y a ve-

ces mejor— que uno de 30 o de 50.

Es posible que haya quien no lo entienda así porque hay una tendencia ancestral en querer prolongar la minoría de edad de los demás. Hay toda una secular didáctica moral sobre la debilidad del joven —págana, cristiana y materialista— que olvida con excesiva frecuencia su fortaleza y su natural sentido de la responsabilidad. Los moralistas tradicionales arrancarían del contexto sentencias abrumadoras de los grandes nombres de la cultura clásica o de la religión. Pero los tiempos son otros y la capacidad de comunicación lo ha transformado todo.

Una sociedad que desconfía de sus jóvenes es una sociedad fracasada y es por negar esta desconfianza que aplaudimos el gesto de la Cámara, cargado de fe para hoy y de esperanza para mañana.